

## UN ANDAR SOSEGADO



Miguel Ángel Ortiz Albero

UN ANDAR SOSEGADO

Paseos con Peter Handke

**fórcola**

**Singladuras**

## **Singladuras**

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

*Con estas cosas de ahí*, 2020, lázaro&albero

© Miguel Ángel Ortiz Albero, 2020

© Fórcola Ediciones, 2020

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-24802-2020

ISBN: 978-84-17425-80-7

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

<b>Un andar sosegado</b> .....	9
DE CAMINO .....	13
Homero en Postdamer Platz .....	15
«En un triángulo de hierba formado por un cruce de caminos» .....	18
«Un presentimiento bullente y siempre nuevo» .....	23
«Ir en su busca, eso me da aliento» .....	26
«Lleno hasta la médula de presencia de ánimo» .....	33
«Durante el trabajo, desde el rincón cotidiano» .....	36
«En lo temporal y en lo maleable» .....	39
«Al atravesar, lentamente, el umbral» .....	43
«Y también el crujir otoñal de las primeras hojas marchitas» .....	47
«Desde el silencio nocturno de un barrio periférico» .....	51
«Donde tanto ahora como entonces describo mi arco» .....	61

«En la noche, antes del primer canto de pájaro» .....	66
«Y bramar un ‘sí’ antes de atravesar mi habitación en la selva virgen» .....	72
«Compañero del pensamiento, actor del texto, amigo» .....	75
«Y de los caminos que nos son familiares»	80
«Me permite, mi redención, marchar y ser»	84
«Soy también aquellos otros» .....	86
«En el fondo no estoy completamente solo»	97
«Y enturbié con mis pasos el agua clara» .	99
«Cuando encuentro en el niño los ojos de la niñez» .....	104
«Expulsado, para siempre, del mundo» ...	111
«El eterno extrañamiento repentino frente al otro» .....	113
«Y a mi lado se hizo silencio» .....	119
«Si se actúa lentamente» .....	122
«Porque siempre, allí, hacía una parada»	128
«Los ojos bien abiertos por la melancolía»	131
«Como un acontecimiento de aguzar el oído» .....	135
«Insignificante, en esencia» .....	140
«Para separarse así de la belleza» .....	148
«Que otorguen a mi rostro rígido una acuñación» .....	155
«Sólo una letanía de palabras aisladas» ...	162
«Un compás sin palabra, un rodeo» .....	165
«Inclinado sobre las palabras, sobre las denominaciones originarias» .....	171

«Mi lugar de profana peregrinación» .....	178
«Insignias de nuestra pura presencia» ....	181
«Tan sólo de un modo imprevisto» .....	183
«La luz de nuestro relampagueo» .....	189
«De estrellas te siembran» .....	194
«La duración marca en mis venas el impulso de una epopeya» .....	197
«Al cerrar, con cautela, cualquier puerta»..	199
«Que quien mira y escucha sienta el temblor» .....	206
POST SCRIPTUM .....	209
BIBLIOGRAFÍA .....	219

*Para ti, Marta,  
mi compañera de camino siempre*

A LA MANERA DE QUIENES, desde el escenario, profieren *insultos al público*, una necesaria, o no, advertencia previa a los que, dispuestos a sentarse aquí para aguardar sabe Dios qué, también se han puesto en camino, cada cual a su modo, eso sí, voluntariamente separados de esos otros que emprenden un camino distinto. Una advertencia, pues, para ellos: Aquí no va a ocurrir nada. Nada. Es necesario meterse en la cabeza que nada va a suceder. El narrador y los narradores, ya sean el propio Handke o alguno de los suyos, alguno de quienes caminan por él o en él, cualquiera de sus personajes, todos ellos, se presentan aquí, sin más, a la vista de los espectadores. Pasan por entre sus miradas. Entran como si no vinieran a este lugar, a un lugar preciso, sino como si pasaran por él del mismo modo en que ya han pasado por otros lugares. No es, éste, un escenario. No es un lugar diferente al resto de los lugares por los que caminan, todos ellos, desde hace



tiempo y sin necesidad alguna de aclarar que van por un camino polvoriento o embarrado. Basta, como se dice en *Los avispones*, con que se les vea andar. El movimiento no necesita ser visto por otro. No es necesario para los espectadores, para aquellos a quienes va dirigida esta advertencia, saber nada más. Aquí no va a ocurrir nada. Nada va a suceder. El *vendedor ambulante* lo sabe. Por eso se limita a pisar un papel que revolotea. Sabe que no ocurre nada, que todo transcurre como antes y como, casi con toda seguridad, después. Nada empieza y nada termina, nada ocurre que no ocurra de un modo natural. Y cada frase que no indica nada es un fin en sí misma, como un retorno a ese orden que supone la falta de acontecimientos. Cuando el narrador, un narrador, camina despacio y consciente, con los pantalones temblando al viento, dentro del blanco del monte *Sainte-Victoire*, sabe que no pasa nada, que no es necesario que pase nada, sabe que, alejado de todo ruido, está liberado de toda espera. No hay nada que esperar. Y en ausencia de sucesos, en esa falta de acontecimientos, no queda sino caminar, cubrir un trecho, andar a buen paso. Un círculo de espectadores mira desde arriba a la Mujer de *La ausencia*, esa mujer que, desde que dejó de ser niña, camina

errante, vagabundea trazando arcos y círculos. La Mujer es mostrada, periódicamente, ante el auditorio del anfiteatro de un hospital psiquiátrico. Sale a escena. No hay nada que esperar, y, sin embargo, su salida abre los ojos de los espectadores a algo nuevo, a algo desconocido hasta entonces para ellos: hay en ellos, y de repente, una cierta nostalgia. Acaso no debiesen haberse movido, como hasta ahora, en tropes por las ciudades sino que debiesen siempre, piensan ahora, haber andado de un lado para otro soñando solos. Solos, sí, solos como la Mujer, y por esos lugares en los que no sucede nada. Nada. El Viejo que acompaña ahora en su camino a la Mujer cree en esos lugares, esos que no son grandes sino pequeños, pequeños y desconocidos lugares que no suenan ni tienen nombre y en los que, como oasis de vacío, no hay nada en medio de tanta abundancia, esa abundancia de los otros, de los demás. Nada hay que esperar en ellos porque nada sucede. Y aunque nadie los haya pisado, o precisamente por eso, estos lugares son lugares fértiles, descampados en los que tiembla la hierba. Los poetas mienten, pero la imagen tiembla. Al final del *día logrado*, ocurre incluso que no ocurre nada. Es necesario meterse en la cabeza que nada va a suceder aquí.